

Pasar del poder blando a la diplomacia del conocimiento

JANE KNIGHT

Jane Knight es profesora adjunta del Ontario Institute for Studies in Education, Universidad de Toronto, Canadá. E-mail: janeknight@utoronto.ca

La educación superior internacional, en su rol de actor político, se encuentra fuertemente atraída hacia el concepto del poder blando. Desarrollado por Joseph Nye hace aproximadamente una década, el poder blando se entiende popularmente como la capacidad de influir sobre otros y de lograr el interés o los intereses propios nacionales haciendo uso de la atracción y de la persuasión en vez de la coerción, la fuerza militar o las sanciones económicas, comúnmente conocidas como el poder duro. A la luz de estos acontecimientos, uno podría esperar una mayor cantidad de investigación en educación superior internacional comparativa, parcialmente debido a una intersección entre la investigación colaborativa internacional y la educación superior internacional.

Muchos académicos aclaman al poder blando como una premisa fundamental de la participación en la educación internacional de hoy. Entre los ejemplos comunes del poder blando en la educación superior se incluyen el Programa Fulbright, las actividades del British Council, las iniciativas del Servicio de Intercambio Académico Alemán, los proyectos de Erasmus Mundus, entre otros. Claramente, éstos constituyen programas que gozan de respeto y de una larga trayectoria y que realizan enormes aportes.

Pero: ¿por qué los denominamos instrumentos de “poder blando” cuando en su esencia dichos programas promueven el intercambio de estudiantes, profesores, cultura, ciencia, conocimiento y experiencia? Ciertamente hay intereses propios en juego, pero existe una reciprocidad de intereses y beneficios involucrados para todos los socios. La educación superior internacional tradicionalmente no se considera un juego de triunfadores y perdedores, ya que se centra en el intercambio y se basa en las respectivas fortalezas de las instituciones y países. Significativamente, reconoce que los beneficios diferirán entre socios y países.

En nuestro mundo altamente interdependiente, la educación superior facilita el flujo transfronterizo y el intercambio de personas, conocimientos, valores, innovación, economía, tecnología y cultura. Pero: ¿por qué se la enmarca dentro de un “paradigma de poder”

como el del poder blando? ¿Se abordará en forma efectiva los valores del interés propio, la competencia o el dominio, la problemática mundial de las epidemias, el terrorismo, Estados fallidos, los miles de millones sumidos en la pobreza y el cambio climático? La respuesta es negativa. Esto se basa en la realidad que señala que las soluciones a los desafíos mundiales no pueden ser logradas por un país por sí solo.

Una alternativa para el paradigma de poder consiste en el marco de la diplomacia. La diplomacia, interpretada como la gestión de las relaciones internacionales, se centra en la negociación, la mediación, la colaboración, el compromiso y la facilitación, que constituyen tácticas y conceptos distintos a los asociados al poder, el dominio, la autoridad, el mando y el control. ¿Resulta la diplomacia del conocimiento más adecuada que el paradigma del poder blando para enmarcar el rol de la educación superior en las relaciones internacionales?

El conocimiento constituye la piedra angular del mundo interconectado actual. La evolución a partir de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación del ciberespacio hasta el big data del infoespacio y el procesamiento del conocimiento del knowspace, acarrea nuevas oportunidades y complejidades para la educación superior internacional. No obstante, es innegable que el conocimiento también puede llevar a desequilibrios de poder dentro y entre países. Esta realidad se ve exacerbada cuando la educación superior y el conocimiento son vistos como herramientas del poder blando. La alternativa de utilizar las estrategias de colaboración y mediación de la diplomacia merece una consideración seria.

La educación superior internacional tiene la oportunidad de dejar atrás su preocupación por la economía del conocimiento y de adoptar un rol proactivo en garantizar que el conocimiento se utilice de forma efectiva para abordar los desafíos y desigualdades a nivel mundial, al reconocer la reciprocidad de los intereses y beneficios. ¿Se encuentra preparada la educación superior para liderar la promoción del concepto de la diplomacia del conocimiento en vez de permanecer atascada dentro del marco de los propios intereses y dominio del poder blando? ■